

á los decretos que la Iglesia publica, y una temeridad digna de castigo la resistencia de subscribir á ellos.

ARTICULO VI.

Personages ilustres por su santidad.

Entre los personages santos que han ilustrado este siglo con sus eminentes virtudes, tenemos por conveniente fixarnos á los de que se gloria la Iglesia de Francia haber producido, ó que han tenido con ella relaciones considerables. No hablaremos sino de los mas distinguidos, para no apartarnos de nuestro plan, y remitirémos á las almas piadosas que gustan de edificarse con particularidades, y con relatos individuales y mas extendidos á los libros que han publicado para su uso, y especialmente á aquel que hemos indicado en el discurso preliminar.

Uno de los hombres mas célebres de la Iglesia en el sexto siglo fué san Cesáreo obispo de Arlés. Nació en el año de 479 en las cercanías de Chalon sobre al Saona. Eran recomendables sus padres por su piedad, aunque no se dice la clase de que gozaban en el mundo. Desde la edad mas tierna dió Cesáreo señales de una capacidad anticipada. Quando llegó á la edad de diez y ocho años entró en la clerecía; mas el deseo de mayor perfeccion le conduxo á Lerins, en donde se puso baxo la conducta del abad Drocaro, para instruirse en las observancias monásticas: habia pasado allí algunos años, y ya sus virtudes comenzaban á darle á conocer, quando Eorio obispo de Arlés, de quien era pariente, le sacó de su retiro para emplearle en su Iglesia. Le elevó desde luego al diaconato, y despues de algun tiempo al sacerdocio. Sintiendo que se acercaba su fin, y conociendo el talento de Cesáreo para el desempeño del cargo pastoral, declaró á su clerecía y á su pueblo que deseaba tenerle por sucesor. Habiendo muerto este obispo, huyó y se ocultó Cesáreo; pero se le descubrió, y le ordenaron en 501. Fué su primer cuidado restablecer la disciplina eclesiástica, y hacer cantar por sus clérigos las diferentes partes del oficio que estaban entónces en uso, á fin de que con ellos se pudiesen unir los legos, y te-

ner parte en la oracion pública. Se habia descargado el santo obispo de todos los cuidados temporales en algunos de sus diáconos, para no ocuparse sino en el gobierno de su Iglesia, y en la instruccion de su pueblo. Era la predicacion el cargo que desempeñaba con mas continuacion, persuadido á que de éste dependen principalmente las buenas costumbres de los simples fieles, y sus progresos en las virtudes propias á su condicion. Su estilo era sencillo, natural y proporcionado á la capacidad de sus oyentes. Se reducía su método á entrar en las descripciones mas menudas sobre todas las obligaciones de la vida; y á combatir los vicios que mas reynaban en el pueblo, con freqüentes vueltas á las mismas materias, sin reparar en las repeticiones.

Se entregaba Cesáreo enteramente á estas fatigas del santo ministerio y á otros ejercicios de la caridad pastoral, quando vino la calumnia á turbar su reposo, y á separarle de su pueblo. Era la ciudad de Arlés en aquel tiempo parte del reyno de los visogodos. Se acusó al santo obispo, cerca de los soberanos de esta nacion, de tener inteligencias con los de Borgoña y con los franceses, que eran sus enemigos, así en la política como en la religion. Los visogodos y sus reyes profesaban el Arrianismo. Era evidentemente falsa la impostura; pues que no habia jamas dado el santo obispo otras lecciones con su exemplo y sus discursos, que las de la obediencia debida á los soberanos legítimos, fuese como fuese su creencia. Sin embargo fué desterrado á Burdeos; y aunque ha sido reconocida su inocencia, y de consiguiente el príncipe le restituyó á su rebaño, se renovaron otras dos veces las mismas acusaciones, que le obligaron, para sincerarse, á parecer en la corte de Teodorico rey de Italia. Movido este príncipe del noble y respetable exterior del santo anciano, le trató con mucha moderacion, y le volvió á enviar libre. Le deseaban en Roma, en donde la brillantez de sus virtudes y la fama de sus milagros le habian adquirido una grande reputacion. Apareció en esta capital con todo el esplendor que acompañaba al mérito, y el papa Symmaco le dió los honores que por tantos títulos le eran debidos. Le concedió el palio, y le puso á la cabeza de todos los negocios eclesiásticos de las Galias y de España. Despues de una vida consumada en los trabajos apostólicos murió san Cesáreo entre las manos de su clerecía en 27 de Agosto del

año 542, de setenta y dos años de edad, de los quales habia pasado quarenta y uno en el episcopado.

Es uno de los mas preciosos monumentos de la antigua disciplina religiosa la regla que escribió san Cesáreo para el uso del monasterio de vírgenes que habia edificado en Arlés, y de que habia nombrado abadesa á su hermana Cesaria. Esta regla era tan estimada por su prudencia y dulzura, que la adoptaron muchas comunidades: y lo que hay mas notable en el particular, es que la clausura era tan exactamente recomendada, que á nadie se permitia la entrada en el monasterio, ni aun en la Iglesia, sino á los obispos y á los abades y á los religiosos de una virtud conocida, únicamente para hacer oracion. Un sacerdote, un diácono y un subdiácono, con uno ó dos lectores, en señalados dias eran los que podian entrar en la Iglesia para celebrar los santos misterios. Las indispensables visitas se recibian en un locutorio destinado para este uso, en el qual no debia presentarse la abadesa sino acompañada de dos ó tres hermanas, y las demas religiosas con una anciana. El tiempo de prueba para las nuevas religiosas era de un año ántes de tomar el hábito. Se podia recibir á las doncellas jóvenes de seis á siete años para educarlas en la piedad, pero sin pension. Se prohibia severamente poseer alguna cosa en propiedad, y aun la misma abadesa no podia tener cerca de sí criada para servirse. A nadie se permitia tener aposento, armario ni otra cosa que se cerrase con llave. Estaba ordenado que todas las religiosas se acostasen en dormitorios comunes, y que fuesen humildes las camas; y que las ancianas y las enfermas tuviesen un aposento separado. Estaba asimismo ordenado distribuir cada dia una tarea á las religiosas, que debian cumplir. Todo su trabajo debia ser para el consumo y utilidad de la casa, y no se permitia trabajar cosa alguna para las personas de afuera. El número de ayunos para todos los tiempos del año estaba determinado por la regla, como tambien la qualidad de alimentos, sobre que nada austero prescribe. El uso de las aves se permitia á las enfermas. Habia un proveedor ó intendente encargado de lo temporal y de todos los negocios forasteros. Las correcciones eran reprehensiones, separacion de la oracion y de otros ejercicios comunes, y en fin la disciplina. Este castigo era ya de un antiguo uso en los monasterios, y el número de azotes limitado á treinta y nueve, segun la ley de Moyses.

Era á la sazón uno de los mas ilustres obispos de Francia san Medardo, obispo de Noyon y de Tornay. Nació, segun la comun opinion, en Salency, lugar cercano á Noyon, hácia el año de 456, y segun esta data, era ya de una edad abanzada quando san Remigio le consagró obispo de Vermandois en 530. La silla de este obispado estaba en una ciudad llamada Augusta, que se cree haber estado situada en donde se halla hoy san Quintin. Fué transferida la residencia episcopal á Noyon, ciudad mas fuerte y mas segura, á causa de las guerras continuas que se encendian entre los príncipes franceses, y de las que eran frecuentemente el teatro estos parages. Despues de la muerte de Eleuterio, obispo de Tornay, fué elegido san Medardo para sucederle de comun consentimiento de la clerecía, del rey y del pueblo, y de consiguiente fué obligado, por un exemplo singular, á aceptar el gobierno de esta segunda Iglesia, sin dexar la primera. Desde esta época hasta el duodécimo siglo permanecieron unidos los obispados de Noyon y de Tornay, y un mismo obispo gobernó á estas dos Iglesias, sin confusion de diócesis, y sin que alguna de las dos catedrales fuese suprimida. Juntó san Medardo el don de los milagros á las grandes virtudes que le hicieron recomendable. Falleció en una extrema vejez en el año de 545, despues de quinze años de episcopado. Miró como honor el rey Clotario el asistir á sus funerales. Quiso este príncipe que fuese trasladado á Soissons, que era la capital de su reyno, y le vió sepultar en una tierra que donó á este efecto, en donde se edificó un monasterio, que subsiste aun baxo el nombre del santo obispo.

No fué la nobleza de sus padres el mayor mérito con que resplandeció san German de París, pues eran aun mas distinguidos por su piedad que por su clase. Le educaron con aquellos principios de devocion en que estaban ellos mismos imbuidos. Correspondió German á sus cuidados, y en la edad de las pasiones dió ya pruebas de una grande virtud; y habiendo entrado en la clerecía de Autun, su patria, Agripino, obispo de esta ciudad, le ordenó de diácono, y le elevó tres años despues al sacerdocio. Fué despues abad del monasterio de san Siforiano de Autun, y exercia este cargo quando se le eligió para gobernar la silla de París, que habia vacado hácia el año de 555. Convencido el rey Childeberto de su santidad, le tenia un sumo respeto y

una confianza sin límites. Este príncipe á la vuelta de una guerra que habia hecho con su hermano Clotario en España, emprendió edificar una Iglesia para colocar en ella las reliquias de san Vicente, que habia traído German de Zaragoza, y executó este piadoso designio con una magnificencia que admira, para unos tiempos que llamamos bárbaros, y en que nos parece que las artes estaban tan poco cultivadas. Este edificio, fabricado en forma de cruz, estaba sostenido con columnas de mármol, la bóveda estaba revestida de un artesonado dorado, las paredes por dentro pobladas de pinturas con fondo de oro, el pavimento hecho de ataraxa, y el techo cubierto de cobre dorado. Encargó Childeberto á san German que estableciese una comunidad en el monasterio que edificó junto á esta Iglesia para servirla. Esta es la célebre abadía de san German de los Prados que tomó desde el principio el nombre de san Vicente, en la qual eligió Childeberto su sepultura; y el cuerpo de san German, que se habia enterrado desde luego en un oratorio dedicado á san Sinfiriano, fué asimismo trasladado despues á él. Murió en 576 de cerca de ochenta años. Fortunato, autor de su vida, refiere muchos milagros hechos por el santo obispo, de que habia sido él mismo testigo. Era san German un pastor muy caritativo, un muy buen ciudadano para no ser infinitamente sensible á los males que causaban á la Iglesia y al estado las funestas discordias de Sigiberto y Chilperico. Trabajó con toda su fuerza en reconciliarlos, pero no surtió efecto. El odio recíproco de Fredegunda y Brunequilda, esposas de estos dos príncipes, era implacable. Se sabe que no feneció sino con la vida; y que dió durante largo tiempo á la Francia los espectáculos mas dolorosos.

Quando emprendió san German de Auxerre su segundo viage á Inglaterra para acabar de destruir la heregía de Pelagio, llevó en su compañía algunos de sus discípulos, que dexó allí. Estos edificaron monasterios, y formaron un gran número de discípulos en las virtudes, en las quales se habian habituado dentro de un monasterio tan grande. Pero los anglo-saxones, que eran idólatras, habiendo conquistado esta isla, fueron destruidos muchos monasterios y saqueados por los bárbaros. Los santos habitadores de estas casas de retiro y penitencia, no teniendo ya asilo seguro, y no pudiendo disfrutar del reposo necesario para la con-

templacion, pasaron con un grande número de bretones á aquella parte de las Galias, que se llamaba entónces Armorica. Bien pronto tomaron en esta nueva patria el género de vida, á la qual estaban consagrados. Los monasterios que edificaron se hicieron como centros, al rededor de los quales se juntaron habitaciones numerosas, que formaron con el tiempo ciudades tan considerables, que se las erigió en obispados. Tal es el origen de las Iglesias de San-Maló, de Dol, de san Brioux, de san Pablo de Leon y de Treguier, cuyo principio han tenido muchas ciudades de Francia. Esta es una observacion que hacemos al paso para demostrar la injusticia de algunos modernos infamadores de la institucion monástica. Se hallaban incultos é inhabitados los lugares en donde se establecieron los antiguos religiosos, mas los trabajos de estas piadosas colonias los hicieron fértiles y abundantes. Se debe, pues, tener presente el dia de hoy, que sin sellos un gran número de comarcas, que subsisten ricas y florecientes, estarian cubiertas de bosques y de malezas.

Corresponde á este lugar hablar de san Benito, patriarca de los monges de Occidente, y hacer conocer su regla que fué adoptada por todos los fundadores de monasterios hasta la introduccion de las nuevas órdenes. Nació este santo hácia el año 480 en las cercanías de Nursia, pequeña ciudad de Italia que actualmente subsiste en el ducado de Espoleto. Era de una familia distinguida. Se le envió desde niño á estudiar á Roma, mas la juventud que frecüentaba las escuelas estaba tan corrompida, que para evitar el contagio del mal exemplo se retiró Benito á un desierto llamado Sublaco, á quarenta millas de Roma, en donde vivió incógnito tres años en una cueva muy estrecha. Un monge llamado Roman, que le habia encontrado por acaso, fué el solo depositario de su secreto. Este le llevaba el pan que partia de su racion, y que ataba á una cuerda, avisando á Benito con una campana que le tocaba de lo alto del peñasco en donde estaba abierta su gruta. En esta profunda soledad tenia una vida Benito mas angélica que humana, exercitándose dia y noche en la oracion, en el ayuno, en la vigilia y en la mas austera mortificacion del espíritu y de los sentidos. Salió de su retiro á pesar suyo para tomar el gobierno de un monasterio, cuyos monges le qui-

sieron tener por abad; mas bien pronto se arrepintieron de su eleccion, porque Benito emprendió restablecer entre ellos la regularidad, y resolvieron para deshacerse de él darle vino emponzoñado. Habiendo hecho el santo abad la señal de la cruz bendiciendo la mesa, segun costumbre, se rompió el vaso; y conociendo en qué habia esto consistido, les dixo con un semblante tranquilo: hermanos míos, Dios os lo perdone; yo os tenia advertido que no podiamos convenirnos, buscad otro superior, y se retiró á su amada soledad; en donde volvió á su primer género de vida, y permaneció allí hasta el año de 529, en que fundó el célebre monasterio de Monte-casino sobre una montaña en el antiguo país de los samnitas, que actualmente compone parte del reyno de Nápoles. Es este el parage en donde echó los cimientos de su orden, y en donde escribió su regla, juntando un gran número de discípulos, de los quales muchos se hicieron ilustres, y se esparcieron por diferentes partes de la Europa christiana. Murió allí el santo abad en 543, algun tiempo despues de su hermana santa Escolástica, que gobernó un monasterio de monjas en las cercanías del suyo.

Para dar una suficiente idea de la regla de san Benito, sin entrar en muy menudas descripciones, la reducirémos á algunos principales puntos, como el oficio divino, el trabajo de manos, el alimento, el vestuario de los monges, los exercicios particulares y el gobierno espiritual y temporal. Principiemos.

El oficio divino. Está este distribuido en tres partes, es á saber, los nocturnos que hoy llamamos maytines que se cantan por la noche, y cuyas horas varian, segun las estaciones; los maytines que se llaman actualmente laudes, que se dicen al amanecer, y las horas que estaban distribuidas en el curso del dia, como lo estan al presente con corta diferencia: por cuya razon habia alguna diversidad en este particular entre el invierno y el estío, á causa del trabajo, que era siempre igualmente largo, y que era necesario fixar de diferente manera. Estaba compuesto el oficio de la noche de doce salmos, precedidos de un himno, que se llamaba Ambrosiano, porque la mayor parte era de san Ambrosio. Despues de los seis salmos se leian tres lecciones, sacadas de la escritura santa ó de los padres, y á cada leccion se cantaba un responsorio,

y se decian despues otros seis salmos, la *alleluia*, una leccion del apóstol, y la letanía ó *kyrie eleyson*. En estío solo se cantaba una leccion y un responsorio. En las dominicas se añadian quatro lecciones del nuevo Testamento, tres cánticos sacados de los profetas, y el himno *Te Deum*. Para las fiestas de los santos y para las solemnidades habia lecciones y responsorios propios. Tal era el oficio de la noche que fenecía siempre por el *Pater*. Las otras partes del oficio se terminaban del mismo modo, sin que se viesé que hubiese allí otra oracion. En los maytines y laudes se decian desde luego tres salmos, despues un cántico, sacado de los profetas, y en las dominicas era el cántico *Benedicite*, que llama san Benito *bendiciones*, y despues otros tres salmos que llama alabanzas, porque principian por la palabra *Laudate*, de donde vino el nombre de Laudes. Era tal la distribucion de los salmos para cada dia, qual aun se observa en la orden de san Benito, segun la qual cada semana se decia el salterio entero. No prescribe la regla otras oraciones; sin embargo habla de un modo que hace juzgar que los monges se exercitaban en la oracion mental en silencio y segun su devocion; y en quanto á la Misa, parece que no la oian los monges sino el domingo.

El trabajo de manos. Habia cada dia siete horas de trabajo en todos los tiempos del año, mas su distribucion era diferente, segun las estaciones. En estío se trabajaba quatro horas por la mañana; esto es, desde las seis hasta las diez, y por la tarde cerca de tres horas. Se ocupaba el intervalo con la lectura, con la comida, y algun tiempo de descanso cerca del medio dia, como se practica en todos los países en que son grandes los calores. Se tomaban en invierno las siete horas de labor de seguida, quiero decir, desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde. Durante la quaresma se principiaba á las nueve hasta las quatro. Los que trabajaban muy lejos, para venir al oratorio á las horas señaladas para los oficios del dia, recitaban los salmos prescritos por la regla del parage donde se hallaban. Nadie elegia su trabajo, el superior se le señalaba. Los que sabian oficios no podian exercerlos sin el permiso del abad, y solamente en beneficio del monasterio. Eran ordinariamente los monges simples trabajadores, y los que se distinguian

por su nacimiento y educacion, se baxaban á la clase de los otros por humildad. Esto no obstante, se daban los trabajos mas fáciles á los que eran mas delicados, mas débiles, ó ménos habituados con los ejercicios penosos. Todos los monges eran legos. Sin embargo, permite la regla recibir sacerdotes y clérigos, y aun hacerlos ordenar para el servicio del monasterio, pero debian estar sujetos á las mismas observancias que los demas hermanos, y dependian igualmente de los superiores.

El alimento, el vestido y la habitacion de los monges. Los alimentos de los monges eran legumbres cocidas y condimentadas, segun el uso de cada pais, semillas reducidas á puches, ó á bebida y frutas. Se cree que estaban comprehendidos entre los alimentos los pescados, y que las aves no estaban excluidas, á lo ménos en ciertos dias; pero la carne de los animales quadrúpedos á todos estaba prohibida excepto á los enfermos. Se servian á cada uno dos porciones cocidas con otra parte de frutas ó de legumbres quando lo ordenaba el abad. No se daba sino una libra; esto es, doce onzas de pan al dia, y una medida de vino que corresponde á un medio quartillo de París, segun el cómputo mas probable. Desde Pascua hasta Pentecostés se comia á la hora de sexta, es decir, al mediodia, y se cenaba por la tarde cerca del anochecer: se ayunaba los miércoles y viérnes, lo que significa, que en estos dias no se comia hasta la hora de nona, esto es, cerca de tres horas despues del mediodia. Desde el trece de Septiembre hasta la quaresma, la comida era asimismo á la hora de nona, aun los dias en que se ayunaba. Durante la quaresma se diferia la comida hasta el caer del sol, se leia durante la comida, y el lector se mudaba todas las semanas, no precisamente por órden, sino eligiendo el abad á los que creia mas á propósito para este empleo. Los monges se servian unos á otros, y todos asistian semanalmente á la cocina; lo que prueba quan simple era su alimento, supuesto que todos eran capaces de componerlo.

En quanto á los hábitos, que consistian en una túnica, una cogulla y un escapulario para el trabajo; la regla no señala ni el color ni lo largo. La tela de invierno era mas gorda que la de verano; siendo regularmente la mas comun y la de ménos coste del pais.

Por lo que toca á lo mas ó ménos ligero del vestido, segun los climas, se dexaba á la discrecion del abad, que á proporcion de la necesidad suministraba á cada uno lo necesario para quitar todo pretexto de propiedad.

Estaban los monasterios (a) edificados y distribuidos de tal suerte que encerraban en su circuito todas las cosas precisas, como el jardin, el molino, la panadería, las oficinas para guardar las provisiones, y los obradores para los diferentes oficios. El exterior de los edificios no tenia nada de magnífico; aun era mas sencillo el interior, y todo anunciaba pobreza y humildad. Dormian los monges en salas comunes, y sus camas se reducian á una éstera, ó un poco de paja picada, un xergon, una manta, y una almohada. Se acostaban vestidos á fin de estar mas prontos para levantarse al oficio de la noche; durante la qual ardia una lámpara en medio del dormitorio, guardándose un profundo silencio, y asistiendo siempre algun anciano para observar la conducta de los demas.

Los ejercicios particulares. Ademas del trabajo de manos tenian los monges horas de lectura y de recogimiento, que era una especie de descanso despues del trabajo. Se les daban de la biblioteca comun los libros de que necesitaban, los quales leian seguidos, dando cuenta al superior en las juntas ó conferencias que habia todas las semanas, y que ordinariamente eran el domingo ú otro dia, quando queria el abad. Miéntras duraba el tiempo destinado á la lectura particular, visitaban el monasterio uno ó dos ancianos, para ver si alguno dormia ó interrumpia á los demas; y si algun hermano no podia ni meditar ni leer, le hacian trabajar todo este rato. No hablaban sino rara vez, ni la regla hace mencion de ningun recreo; pues solo dispone, que en todo tiempo esten los hermanos sentados en un mismo lugar despues de cenar, y que uno de ellos lea las vidas de los padres, ó algun otro libro de edificacion. Quando salia alguno á los negocios del monasterio, lo que nunca se hacia sin licencia del abad, se encomendaba ántes á las oraciones de la comunidad, y á su vuelta permanecía postroado en el oratorio durante todas las horas del oficio, para expiar las faltas que pudiese haber cometido, y no se le permitia decir nada de lo que hubiese sabido afuera.

(a) Si el lugar lo permitia. *Si fieri potest*, dice S. Benito, cap. 66.

Gobierno espiritual y temporal. El abad que habia de gobernar el monasterio era elegido por toda la comunidad ó por la mas sana parte; considerándose para la eleccion, no la antigüedad, sino solo el mérito. Debia estar instruido en la ley de Dios, ser caritativo, prudente, discreto, fiel executor de la regla, y dar exemplo en todo. En los asuntos comunes consultaba á los mas antiguos, pero en los de mas importancia tomaba dictamen de todos los hermanos, aunque la decision pendia de él solo, estando todos obligados á obedecerle. A las órdenes del abad habia un prior ó preposito, *præpositus*, nombrado por él como una especie de vicario, que le estaba enteramente sometido. Tambien habia decanos, *decani*, que cada uno debia velar sobre diez monges, y sobre que cumpliesen con el trabajo y demas exercicios. Tenia el abad un estado ó lista de todos los muebles, hábitos y otros efectos del monasterio, para que no se perdiesen, y toda propiedad estaba severamente prohibida. Los demas oficiales del monasterio eran el cillerero, el enfermero, el hospedero y el portero. El cillerero ó mayordomo guardaba todas las provisiones y utensilios, cuya distribucion hacia baxo las órdenes del abad, cuidando de la conservacion y buen empleo de todo lo que se le confiaba. A cargo del enfermero estaban los enfermos, los débiles, los viejos, de quienes se tenia gran cuidado; los medicamentos, los baños y todo lo relativo á la salud. El hospedero estaba destinado para cuidar de los huéspedes, á quienes se recibia con mucho respeto y caridad, comiendo el abad con ellos; para cuyo efecto, y poder recibirlos á qualquier hora, sin turbar la comunidad, tenia su cocina y mesa aparte. Habia un alojamiento ex profeso para ellos, y nadie les habia sino el hospitalero que los acompañaba por donde quiera. La puerta la guardaba el portero, que era un viejo prudente y discreto, escogido por el abad para responder á los que viniesen, ó impedir la entrada del monasterio á toda persona sospechosa. Los que se presentaban para monges no eran recibidos hasta despues de grandes pruebas. Primeramente se les desechaba, y si perseveraban, se ponian por algunos dias en la habitación de los huéspedes, y luego en la de los novicios. Despues se les leia la regla explicándoles todos los puntos de ella, y pasado un año de perseverancia se les admitia á la profesion, la qual se hacia en el

oratorio en presencia de toda la comunidad. En la profesion no prometian otra cosa que la estabilidad, la mudanza de costumbres, y la obediencia, y esto lo escribian por su mano en una cédula que ponian sobre el altar. Entonces se les vestia el hábito del monasterio, y se guardaban los vestidos que habian llevado para restituirselos si llegaban á disgustarse y volver al siglo. Se castigaban hasta las menores faltas, pero eran mas ligeras las penas quando el culpado se acusaba libremente; y se reducian al ayuno, azotes, excomunion ó separacion de con los otros en todo ó en parte, segun la gravedad de la falta, y finalmente la expulsion del monasterio. Un monge echado de esta manera podia volver á entrar, si prometia enmendarse, permitiendo la regla hacerlo hasta tres veces; despues de lo qual se reconocia por incorregible al sugeto, y se le abandonaba á su mala suerte.

Tal es la regla de san Benito, cuya prudencia y discrecion ha alabado tanto san Gregorio el Grande; y se debe notar, que el santo patriarca cree no establecer en ella ninguna cosa dura y difícil; y que solo la da como un ligero ensayo de la vida monástica, muy distante de la perfeccion de los antiguos monges, cuya idea se halla en los ascéticos de san Basilio, y en las conferencias de Casiano.

No podemos terminar mejor este artículo que haciendo un breve retrato de las virtudes de una vírgen, que fué entonces la gloria de la Francia, y que todavía hace honor de tener por patrona para con Dios la capital de este grande imperio. Bien se dexa ver que hablamos de la illustre santa Genoveva, la qual nació en Nanterre, aldea cerca de París, hácia el año de 442, de una familia romana, pero pobre y obscura, segun la tradicion comun. Tenia cerca de quince años, quando san German, obispo de Auxerre, pasó por el lugar de su nacimiento la primera vez que fué á socorrer las iglesias de Inglaterra, en donde habia penetrado el Pelagianismo. Viendo á Genoveva la exhortó á consagrarse á Dios, y respondiéndole ella, que ese era su ánimo, y que no queria tener otro esposo que á Jesu-christo, la entregó una moneda en que estaba marcada una cruz, como en prenda de la aianza que contraia; y poco tiempo despues la dió el velo de la virginidad el obispo de París con las ceremonias que entonces se practicaban. Desde el dia que Genoveva se consagró á Dios de es-

te modo especial pasó una vida muy austera, no comiendo más que dos veces á la semana, no tomando otro alimento que pan de cebada y habas cocidas sin ningun aderezo, y no bebiendo más que agua. Hacia oracion continuamente, su humildad era profunda, y su paciencia tan generosa, que jamas respondió sino con du'zura á las calumniosas acusaciones con que se procuró por mucho tiempo manchar su virtud. San German la vindicó de sus enemigos, saciando acerrimamente en su defensa, quando volvió á pasar por París en su segundo viage de Inglaterra. Habiendo asolado ya Atila, rey de los hunos, parte de las Galias, fué á sitiar aquella capital, cuyos habitantes alarmados se preparaban á buscar un asilo en las plazas que les parecian mas fuertes; pero Genoveva los disuadió de ello, asegurándoles, que no seria tomada la ciudad, y que ll garian á ser presa de los bárbaros si se refugiaban á aquellos parages donde esperaban hallar mas seguridad, porque serian saqueados. No querian creerla, y la trataban de visionaria; aunque de repente se mudó de dictamen, quando se vió llegar al arcediano de Auxerre, que le llevaba presentes de parte de san German. El suceso verificó la prediccion, y desde entónces logró hasta el fin de su vida la confianza y veneracion que merecia. El don de milagros, y el espíritu de profecía fueron la recompensa de sus virtudes. Su fama se extendió hasta los países mas remotos, y al pronunciar su nombre se inclinaba san Simon Stilita desde lo alto de su columna, y encargaba á los mercaderes que iban de las Galias al Oriente, que le encomendasen á sus oraciones. A pesar de los ayunos y austeridades llegó á la edad de cerca de noventa años, no habiendo muerto hasta los primeros dias del año 511 ó 512. A instancias de santa Clotilde empezó Clodoveo á levantar sobre su sepulcro una Iglesia, que luego llegó á ser de las mas célebres por el gran número de milagros que obró Dios en ella. Aunque al principio fué conocida por el nombre de Iglesia de los apóstoles san Pedro y san Pablo, hoy tiene el de santa Genoveva, cuyas reliquias se conservan con singular veneracion. Los beneficios que el cielo continua haciendo á los que van á implorar su bondad por la intercesion de esta ilustre vírgen, atraen todavía en estos tiempos á aquel parage mucho concurso, no obstante lo que se ha resfriado la piedad, y los progresos que hizo la ir-

religion. Nuestros reyes y nuestros magistrados han dado muchas veces exemplo al pueblo de una confianza tan justa, y de una devoción tan legítima, postrándose frecuentemente á los pies de Genoveva, y solicitando su mediacion para con Dios, sin temer los clamores de la incredulidad por adornar con testimonios piadosos las paredes del templo en que descansan sus preciosas cenizas.

ARTICULO VII.

Autores eclesiásticos, &c.

El sexto siglo fué mucho ménos fecundo en escritos célebres que los precedentes. Ya no se ven en él aquellas grandes lumbreras, que difundian á lo léjos su resplandor, aquellos hombres profundos, aquellos ingenios grandes, que penetraban el secreto de las escrituras, que parecian animados del espíritu de los profetas, y que abrazaban todo el conjunto de doctrina evangélica, para ir explicando sus verdades á los fieles, y tomando su defensa contra los hereges. Antes se empieza á percibir que se han dado algunos pasos hácia los tiempos de ignorancia y de barbarie, y se ve adelantarse ya la nube que presto va á cubrirlo todo. Pero recojamos con cuidado las pocas riquezas que todavía se poseian.

San Fulgencio, que nació en Cartago en el quinto siglo, ilustró el sexto con sus escritos y por su raro talento para instruir. Era de un nacimiento ilustre, y su padre, á quien perdió temprano, le dexó grandes bienes; habiendo recibido igualmente una educacion correspondiente á su clase y á su fortuna. Con estas ventajas juntas á mucho entendimiento y á un caracter propio para ganar los corazones, podia Fulgencio pretender qualquiera cosa en el mundo; pero estimaba poco sus favores para buscarlos, y no aguardó experimentar sus injusticias para dexarlo. Renunció, pues, todo lo que poseia y lo que naturalmente podia prometerse por abrazar una vida austera y oculta en Dios. Aunque delicado, jóven, y criado en la abundancia, no tuvieron las prácticas mas duras de la institucion monástica cosa que le espantase, y se puso baxo la conducta de los hombres mas consumados en la ciencia de los santos, y de mas experiencia en el camino de la piedad. Concibió asimismo el deseo de elevarse á mayor perfeccion,